

EL MERCADO DE LA VICTORIA: HISTORIA Y POLÍTICA

Sergio M. Andrade Covarrubias



UNA DE LAS principales características según las cuales se puede definir el largo régimen presidencial del general Porfirio Díaz (1876-1910) es, sin duda, la búsqueda de insertar al país en el ámbito internacional vía la modernización de la infraestructura urbana. Sin embargo, este esfuerzo permanente se basaba más en una pretensión unilateral, personalista, más que en un acuerdo conjunto entre los poderes que teóricamente gobernaban la nación. Muchas de las obras emprendidas nacieron, ya fuera por consejo de los allegados al presidente, ya por la oportunidad de hacer negocio, ya por la constante influencia de los inversionistas extranjeros o sus personeros. Al fin y al cabo, la última decisión de hacer tal o cual obra se tomaba en la instancia más alta: el señor general Porfirio Díaz.

Sin que fuera una cosa automática, esta forma de tomar decisiones se repetía a lo largo y ancho del territorio nacional, donde los gobernadores, casi todos impuestos por Díaz, se arrogaban el derecho de ordenar, sin consultar con los representantes camerales, la puesta en marcha de obras de infraestructura (además de muchas otras cosas, que no son nuestro tema). Aún más los presidentes municipales también repetían esta práctica, llevando al extremo una forma de hacer política cercana a la dictadura, donde las decisiones no eran de un “nosotros” sino de un “yo”.

El proceso de reconstrucción del mercado La Victoria de la ciudad de Puebla se acerca mucho al tipo de política que mencionamos líneas arriba, donde se cruzan negocio con corrupción, factores presentes casi siempre en la erección de edificios y la procuración de mejoras materiales durante ese periodo de nuestra historia. No obstante esto, queda el hecho de que la obra en cuestión al final cumplió con la función para la que fue hecha, sin demérito de su valor arquitectónico.

Desde el año de 1854 en la ciudad de Puebla se planteó la necesidad de construir un espacio adecuado para un mercado que contara con todos los elementos funcionales para un servicio de esas características y acorde con la calidad de la ciudad. Para el caso, se propuso construirlo en un lugar céntrico que no afectara a otras construcciones y que tuviera el suficiente espacio para la realización de transacciones comercia-

les. El lugar escogido fue el área que ocupaban la huerta del convento de Santo Domingo y algunas edificaciones adyacentes. Conseguir el espacio no fue dificultad puesto que las autoridades con-ventuales no tuvieron empacho en ceder lo solicitado, basadas en un convenio que, a su vez, les concedía algunas prerrogativas en la administración del mercado así como una renta adecuada. Hay que hacer notar que esta buena disposición se dio al hecho de que el convenio se realizó con las autoridades que en ese momento detentaban el poder, siendo primer mandatario otro personaje muy afecto al “yoísmo” y a la toma de decisiones unilaterales, su alteza serenísima Antonio López de Santa Anna, quien inclusive emite una orden para llevar a cabo la obra del mercado. De ahí que se podría plantear la hipótesis de que el nombre del mercado se deba quizás a la remem-branza de algún hecho glorioso del guerrero veracruzano y no como se ha dicho a honrar la memoria del primer presidente de nuestro país, Guadalupe Victoria, ni mucho menos al triunfo en la batalla del 5 de mayo de 1862.

La orden de marras dice así:

República Mexicana. Gobierno del Departamento de Puebla en su Capital. Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación. Sección de municipalidades. Excelentísimo Señor. Di cuenta a su Alteza Serenísima el General Presidente con el oficio de Vucencia número doscientos noventa y dos, en el que se inserta el del Señor Prefecto de esa Capital, sobre la necesidad de construir en ella un mercado público y su Alteza ha resuelto con esta fecha lo siguiente. “Facúltese al Gobernador del Departamento para que pueda disponer todo lo concerniente a la construcción de un mercado en la Capital del Departamento de Puebla, de mampostería, eligiendo el punto que considere más a propósito y contratando la obra con el arquitecto que por este *(sic)* preste las garantías necesarias por su honradez e idoneidad y pagandose *(sic)* su importe de los fondos del municipio”. Y lo traslado a Vucencia en contestación y para los fines consiguientes. Dios y Libertad, Méjico *(sic)* Agosto treinta y uno de mil ochocientos cincuenta y cuatro. Aguilar. Excelentísimo Señor Gobernador del Departamento de Puebla. Es copia. Secretaría de Gobierno. Puebla Octubre doce de mil ochocientos cincuenta y cuatro. Licenciado Joaquín María de Uriarte. Secretario.¹

Está por demás decir que ya se había elegido el punto idóneo para la construcción del mercado, deprendiéndose así el convenio entre las autoridades departamentales y la orden de los dominicos, representadas respectivamente por el gobernador José María González de Mendoza y fray Mauricio López y fray José María Cao y Romero, este último prior de dicha orden, signado el día 14 de septiembre de 1854.² La ceremonia en que se puso la primera piedra tuvo lugar el día 22 de octubre del mismo año, siendo el gobernador, a nombre de Santa Anna, quien presidiera el acto.³

La puesta en marcha de la erección del mercado sufrió los avatares de la época, donde los levantamientos armados y la caída de presidentes eran el pan de cada día, dándose así el caso de que el real funcionamiento del mismo —y no en su totalidad— se pudo dar hasta los comienzos de la década de 1870. Para entonces, una vez establecidos firmemente los gobiernos liberales y amparados con las Leyes de Reforma, la posesión total del predio de los dominicos pudo ser una realidad y así comenzar lo proyectado. Se llevaron a cabo diferentes propuestas y proyectos que nunca se vieron terminados o concretados, hasta que en el año de 1907, en los estertores del régimen porfirista, se replanteó nuevamente la propuesta aunque con algunas modificaciones. Éstas requerían de hacerse de otros predios y solares, ya que la construcción se proyectaba en mayores dimensiones a las concebidas hasta entonces. Al efecto, la Compañía Bancaria de Bienes Raíces quedó como contratista, proponiendo un año para la terminación total del proyecto. Una vez aprobado éste, el cabildo, o mejor dicho su presidente, don Francisco de Velasco, se dieron a la tarea de organizar su puesta en marcha. Para comenzar, el día 18 de septiembre de 1910, dentro del programa de festejos por el centenario del inicio de guerra de independencia, se colocó la primera piedra del nuevo edificio, siendo apadrinado tal acto por el gobernador Mucio P. Martínez.

El nuevo proyecto, obra del arquitecto Julio de Saracibar, contemplaba la desaparición de todas las instalaciones de la plaza como puestos y cobertizos, la sustitución del pavimento de piedra por uno de concreto, la construcción de un segundo piso en la fachada de la calle de la Cerca de Santo Domingo (hoy avenida 3 Norte) y el arreglo de las diferentes secciones del mercado en torno de dos grandes pasajes que cruzan el mercado.⁴ Las obras se desarrollaron muy lentamente, de tal suerte que para el mes de marzo de 1911 sólo se había adelantado una tercera parte del total. En ese mes, debido al avance de las fuerzas revolucionarias en el interior del estado y al mal manejo de la crisis derivada de los acontecimientos donde muriera Aquiles Serdán y sus compañeros de lucha, tuvo que renunciar el gobernador Martínez y junto con él varios jefes políticos de distrito y otros más presidentes municipales, entre los que se encontraba el señor De Velasco. Dos meses después caía también el presidente Díaz.⁵

En sustitución del señor De Velasco queda el señor Antonio Pérez Marín y como encargado de Obras Públicas el señor Manuel Ramos Luna, asociándose a la obra de reconstrucción del mercado el ingeniero Francisco Tamariz Oropeza. Resumiendo la labor de estos comisionados, en poco más de dos años, de septiembre de 1910 a diciembre de 1912, según el informe presentado por el ingeniero Tamariz, se erogaron en la obra de reconstrucción del mercado de La Victoria un total de 759,839.14 pesos, de los cuales se gastaron 137,500.00 pesos en la compra de cuatro casas adyacentes a los terrenos del mercado y el resto, es decir 622,339.14 pesos, en la obra propiamente dicha.

En esos dos años y pico se procedió a la fabricación y posterior instalación de los puestos cerrados, tomando como muestra la propuesta del maestro herrero Ramón Sierra y Riva. También se aceptan y se ponen en ejecución sendos proyectos de saneamiento, drenaje y abastecimiento de agua y de instalación de luz. El prime-

¹ AGMP, Libro de escrituras número 8, foja 76v.

² *Ibid.* Foja 75v.

³ Enrique A. Cervantes, *Puebla de los Ángeles en el año de mil novecientos treinta y tres*, p. xiv.

⁴ Carlos Montero Pantoja y María Silvina Meyer Medel, *Arquitectos e ingenieros poblanos del siglo xx*, p. 108.

ro quedó adjudicado a la Compañía Constructora de Ferrocarriles y el segundo a la Compañía de Tranvías, Luz y Fuerza, subcontratistas de la obra. Además de esto se aprueba la instalación del laboratorio de química, del gabinete bacteriológico y de la oficina de vacuna en el interior del mercado. Por último, se arrienda la primera accesoria del mercado, siendo en 50.00 pesos al señor Rodolfo Castuera.

Otras cuestiones interesantes entresacadas del informe del señor Tamariz, nos informan de lo siguiente:

- Superficie aproximada: 17,250 metros cuadrados, correspondiendo 2,294 a las cuatro casas adquiridas (dos sobre la calle de Cruz de Piedra y dos sobre la calle de Mariano Arista, esto es, las actuales 8 y 4 Oriente, respectivamente).
- Distribución: en palabras de Tamariz serían "131 accesorias, de las cuales 68 son exteriores y 63 interiores... En la planta alta habrá 51 cuartos de habitación, 2 viviendas de ocho piezas cada una, 22 bodegas, 12 despachos, tres salones y una oficina para abastos y Gabinete Bacteriológico, con

todas las dependencias necesarias. En la parte interior habrá aproximadamente 330 puestos de fierro con rejas del mismo material, y zócalos de cemento armado, y 1,250 metros lineales de plataforma de cemento armado...", teniendo entradas por siete portillos, tres correspondientes a la fachada principal y cuatro a las laterales.

- Total de presupuesto estimado: 1'421,744.44 pesos. Se hace mención de que sería menos una vez terminada la obra.

Si fue menos o no está a discusión, ya que finalmente la obra se concluyó hasta 1915. A pesar de eso, el 5 de mayo de 1913 se inauguró solemnemente la parte ya terminada del mercado, bajo el gobierno de Victoriano Huerta a nivel federal y de Patricio Carrasco a nivel estatal, siendo presidente municipal el señor Andrés Matienzo. A partir de entonces y hasta 1986 el mercado La Victoria fue punto central de abasto de la ciudad de Puebla y aun de otros puntos y hasta el momento no deja de hacer recordar otra época y otras circunstancias. ■

EL PROCESO DE RECONSTRUCCIÓN DEL MERCADO LA VICTORIA DE LA CIUDAD DE PUEBLA SE ACERCA MUCHO AL TIPO DE POLITICA DONDE SE CRUZAN NEGOCIO CON CORRUPCIÓN.

PAPÁ PROMETIÓ TELEVISIÓN POR CABLE

José Luis Mendoza Tablero

YA NO SOMOS una familia tradicional, en donde el padre decidía todo. En la actualidad varios miembros de la casa trabajamos y tratamos de llevar nuestro hogar de la mejor manera, pero las inercias nos persiguen. Por un lado, Papá no termina de asimilarlo y eso confunde a varios de nuestros integrantes.

Llevar la dirección de una familia es complicado. Cuando las cosas salen mal, todo mundo mira al administrador, pero lo cierto es que éste tiene todas las condiciones para abusar de su poder. La clave está en conocer las metas a distintos plazos, planear y lograr que las acciones tengan la intervención de los que quieran y un mínimo de aceptación por todos.

Papá ya puede ser el centro de la casa

Pobre Papá, no quiere perder su lugar central en la familia. Eso lo obliga a prometer y, no sólo no cumple, sino que muchas veces nunca fue posible cumplir. Es así porque quiere seguir manejando el dinero de la casa de la misma forma que el Abuelo. Dice que lo hace por nuestro bien, que se siente preocupado por nosotros, lo cierto es que lamentablemente busca su propia comodidad a costa de su propia familia.

Lo que parece más inadecuado es que, cuando las condiciones no están a su favor, en lugar de razones toma ventaja de su posición de autoridad o de plano usa la fuerza. Él está acostumbrado a no querer decirle a nadie la situación económica de la casa. Dice que por qué, si es su dinero y, como sabemos que propiamente no es de él, entonces dice que él siempre hace bien las cosas y que si a poco desconfiamos... Una vez hasta lloró porque las cosas no salieron como él había prometido y no dejó la primera gran deuda.

Uno de los problemas que esa actitud causa es la desunión de la familia. Algunos de los integrantes, si, también lo he hecho, pasan a comerse unos tacos en la calle y no llevan algo a la casa, por supuesto luego dicen que no tienen dinero para cumplir con sus obligaciones y de plano que hasta no ganan tanto como nos habían dicho.

Seguimos siendo una familia grande, sabiendo que la tendencia va en contra de esa situación, pero lo cierto es que si cada quien viera sólo por sí mismo seguramente nuestros problemas aumentarían. Esa tensión constante entre man-

tenernos unidos y menos libres, frente a cada quien que se las arregle, es complicado de resolver, sobre todo porque nadie quiere hacerse cargo de las cargas comunes y nuestros hermanos más pequeños quedarían más indefensos, lo cual sería el acabose para la familia en general.

No podemos gastar más de lo que ganamos

Papá se siente seguro porque él maneja el dinero. Sin embargo, lo que siempre se le pasa o se hace (que se le pasa), es que el esfuerzo es de toda la familia. Desde su posición privilegiada se le ocurrió que ante los reproches que le hacemos por su conducta autoritaria y poco comprometida, ahora nos prometió televisión por cable. Mis hermanos, los más pequeños, brincaron de alegría: era lógico, ante las pocas opciones que tienen, la televisión por cable es un gran distractor para una realidad que no es la mejor, dicha sea la verdad de paso.

Lo grave fue un día que Papá quería que mi Mamá lo acompañara a no sé donde... Entonces le prometió una lavadora nueva. Dijo que no sería de dos patas (no entendí); pero como ella no se terminaba de convencer, mi Papá ahora le prometió: un perfume y una bolsa.

A uno de mis hermanitos, que no sabía por qué tanta benevolencia, al preguntar sobre el asunto, mi Papá sólo atinó a interceder por él con los Reyes Magos para que le trajeran una bicicleta. Yo ya mejor ni pedí, no fuera a ser que también me prometiera algo más.

Lo peor de las promesas de Papá es que cumple las peores para la familia: se gasta el dinero luciéndose y en algunos de sus vicios, lo grave es que si el presente se nos muestra complicado, el futuro parece más.

Mi hermana, Reina de las fiestas patrias

De nuevo mi padre con sus ideas, ahora apoyado por Mamá, de que a fuerza mi hermana participara como candidata a Reina de las Fiestas Patrias en la colonia. No hubiese existido algún problema si no fuera porque, en ese capricho, gastamos más de lo debíamos, pedimos favores, quedamos comprometidos con varias personas, etcétera; lo peor es que para ganar (por cierto perdimos), hicimos tantas trampas como los de las otras "princesas".

Bueno, hasta el final, como se armó un relajo, se tuvieron que cambiar las reglas y se creó un comité que calificara la elección. Estuvo terrible,

porque lo que pensábamos que iría para el festejo se fue en dar la cuota para los árbitros del dicho-só comité. Y lo peor fue que nos pedían de comer como si nunca lo hubieran hecho; para deliberar hicieron que se les diera gusto en varios lujos.

El resultado, como era de esperarse, sólo medianamente convenció a unos. Total que cada quien hizo su minifiesta en la casa de cada princesa (para ellos y nosotros Reina) y la que ganó se quedó con poca gente. Conclusión: todos perdimos. Por cierto, lo mismo sucedió al año siguiente.

Mi hermano al que le va mejor, no quiere dar gasto completo

Juan es mi hermano mayor. Ha sido afortunado y aunque a la familia le va en general mal, él consiguió un buen trabajo, lo cual le ha hecho pedir: comida especial en la casa, que su ropa se lave por separado, y que nadie ocupe su champú, entre otras cosas. Mamá de vez en cuando lo regaña, pero la capacidad de amenaza y chantaje de Juan me asombra; dice que ya no nos va a ayudar en la casa, pero de por sí ayuda poco.

Lo último que se le ocurrió es que no tiene por qué dar más que los demás integrantes. Mamá le dijo que él tenía que aportar más porque simplemente tenía más y así en la medida en que todos nos ayudáramos estaríamos mejor todos, hasta él. Pero no, habló con mi Papá y ya casi lo convence para que a pesar de tener más coopere con menos a la familia; dice que si tiene muchas cosas es porque ha trabajado más, se echa un discurso sobre sus derechos y lo injusta que es la familia, hasta dice que si no lo comprendemos se va a ir de la casa.

El abonero no nos deja y seguimos debiendo al tío

Pues resulta que hace tiempo se nos vino una gran alegría cuando mi Papá nos prometió una televisión de pantalla plana, y sí que se la pide al abonero. La televisión ya casi no sirve y nunca la pudimos ocupar en la mejor definición porque le faltaba no sé qué cosa, pero ahora sabemos (porque no nos quería decir) que lo que debemos es mayor a lo que cuesta en la actualidad esa televisión nueva. Pero eso sí, cuando se estrenó hasta se compró unas cervezas con sus compadres y unos amigos. Lo que le agradezco es que jugamos como un mes con la caja y el unicel, de las bolsas ni comentar porque uno de mis hermanitos casi se ahoga.

Por si faltaba poco, lo seguimos debiendo al tío Adelaido y no creo que nos vuelva a prestar dinero, al menos en las mismas condiciones. Mi Padre dice que ahora sí tiene la solución y que nuestras quejas ante su falta de modernidad son injustas, tan es así que tiene un mecanismo para reestructurar nuestras finanzas y que le iba a pagar al abonero con un crédito de una de esas casas de préstamo, y que por supuesto nos merecíamos una tele nueva pero ahora en una de esas tiendas de facilidades, que para mí en esencia son aboneros "modernos", por cierto no le hemos terminado de pagar a Samuel.

La abuela Petra grave y casi muere

Ya casi termino con esta tragedia, pues resulta que olvidé comentar que durante años vivimos de la ayuda de la abuela Petra. Cada mes le daba a mi Papá lo que representaba una tercera parte del ingreso familiar, supuestamente para que de ahí pudiéramos un negocio o se ahorrara y se pudiera pagar la escuela de nosotros, algo que simplemente pudiera generar mejores condiciones para la familia a largo plazo.

Pero lo que pasó es que mi Papá muchas veces con varios cómplices en la familia, lo usó para cuanta cosa se le ocurrió. Ahora resulta que la abuela está muy enferma, se le está acabando el dinero y cuando muera sabemos que ya no tendremos ayuda y no habrá herencia: ya estuvo bueno, ¿qué hicieron con el dinero?

Ni modo de relatarle lo del carro de uso que compramos y que funcionó seis meses, del papel tapiz que mandamos a poner y que se echó a perder en las primeras lluvias de la temporada de ese año, de cuando mi Papá "contrató" a su compadre durante meses porque éste no tenía trabajo y sólo se dedicaban a perder el tiempo.

No podemos decirle a la Abuela, porque si lleva en cama tantos años, ahora sí se nos muere en el instante. Ahora nos preocupamos, pero lo cierto es que no tenemos ni la más remota idea de qué vamos a hacer sin ese dinero.

El día que votamos... en casa

La familia está mal. Papá no lo acepta porque se-ría cuestionar su trabajo. Hubo unos meses en que se fue trabajar y se hizo cargo Mamá, pero salió en esencia igual. Ahora hasta Juan dice que se puede hacer cargo de la administración de la casa.



Dinastía.

Lo cierto es que parece que debemos discutir entre todos cuál es la mejor forma de llevar la situación familiar. Dice Juan que ni modo, que le hagamos caso a mis hermanos más pequeños si ellos todo lo que quieren es un helado; sí, pero si no los involucramos, reproducirán los mismos errores que padecemos ahora, creo.

Un día se nos ocurrió votar sobre el destino de los ingresos de un mes. Fue algo desagradable, ya se habían puesto de acuerdo los "grandes" y prometieron cualquier cosa a los pequeños. Total que ese mes por poco y no la contamos. A la quincena ya se había acabado el dinero. Por supuesto, ya entrados en el ámbito democrático Papá pidió autorización para pedir un nuevo préstamo, porque ya no teníamos para comer, y, junto con ello, hasta se aprovechó para una playera original de su equipo.

La conclusión fue unánime: la democracia no servía. Regresar al esquema tradicional era lo mejor. No me di cuenta de la trampa, hasta hace poco. Enfocarse en la formalidad de votar era la forma de legitimar sus acciones, y luego finalmente denostar el resultado.

Pareciera que se tiene que llegar a la elección o construirse en paralelo una forma de primero considerar que no siempre se tiene la razón y que el otro importa, para después exponer de manera clara lo que se considera adecuado en la conducción de la familia.

Papá, Mamá y Juan no están convencidos de las bondades de planear y exponer razones. Ahora los tres prometieron a la familia: un *blue ray*, una computadora y hasta un auto nuevo. Creo que estas cosas sí me convencen, y mis hermanos ya tienen sus dulces. ■

POBRE PAPÁ
NO QUIERE PERDER
SU LUGAR CENTRAL
EN LA FAMILIA.
ESO LO OBLIGA
A PROMETER Y NO
SOLO NO CUMPLE
SINO QUE MUCHAS
VECES NUNCA FUE
POSIBLE CUMPLIR.

ZADIG: EL DESTINO EN VOLTAIRE

Ismael Ledesma Mateos



POR MEDIO de la novela, el cuento, el teatro o el guión cinematográfico, la filosofía puede llegar a un gran número de lectores. Éste fue el camino elegido por Jean-Paul Sartre para difundir el pensamiento existencialista, aunque también en Francia, con mucha anterioridad —en el siglo XVIII— fue algo realizado por Voltaire.

En su cuento “Zadig” encontramos presentes los elementos que caracterizan su pensamiento filosófico, donde aparece Dios, el destino, el determinismo, la libertad, la acción humana, la búsqueda de la felicidad, siendo esa relación entre destino y Dios un aspecto fundamental. Para el filósofo que sostenía la idea de que “si Dios no existe, habría que inventarlo, precisamente en bien de la armonía moral de la sociedad”, la existencia de Dios es demostrable, a lo cual se llega por medio de una ciencia que es la física de Newton.

François Marie Arouet (1694-1778) es el verdadero nombre del filósofo que tuvo una marcada influencia de Bayle, Locke y Newton. Se dio a conocer como narrador con su texto *Candide o el optimismo*, en 1758, famoso por su *Diccionario filosófico* (1764) y *El filósofo ignorante* (1766). Publicó una extensa obra, la cual ha sido compilada en la edición Beuchot que consta de 70 volúmenes, que aparecieron entre 1829 y 1834.

Se considera que sus escritos resumen el espíritu de la Ilustración francesa, siendo además representante de la corriente de los “newtonianos teístas”, pues sostenía que “toda la filosofía de Newton lleva necesariamente al conocimiento de un ser supremo que ha creado todas las cosas y ha dispuesto libremente todo”. El razonamiento físico para probar la existencia de Dios es:

Si existe el vacío la materia tiene que ser finita y si es finita es dependiente y contingente, pero además, si la atracción y el movimiento no son cualidades esenciales de la materia, entonces tienen que haber sido implantadas en ella por Dios.

Por otra parte en su *Traité de Metaphysique* sostenía que la observación de la naturaleza lleva a pensar en la comparación con un reloj, y eso implica la necesidad de un creador inteligente, aspecto que irá aunado al culto a las ciencias.

En su *Diccionario filosófico*, en el apartado referente a la contingencia, afirma: “El catecismo anuncia a Dios a los niños, mientras que Newton lo demuestra para el sabio.” No obstante, a dife-

rencia de los teístas religiosos rechaza la existencia del alma espiritual e inmortal, señalando que cuando se habla del “alma espiritual” se trata de “meras palabras para encubrir nuestra ignorancia”. Idea muy interesante, que involucra el impacto del mecanicismo desarrollado en Francia a partir del siglo XVII y que en el XVIII tiene como uno de sus principales exponentes a De la Mettrie, quien en 1748 publicó *L’Homme machine*, donde cuestiona el dualismo presente en el mecanicismo de Descartes, donde el hombre es una máquina con alma. Su influencia se encuentra presente en textos de Denis Diderot en la *Encyclopédie* y, como se ve, también en Voltaire.

Éste se burlaba de Rousseau, promovía la monarquía ilustrada, pues el pueblo era canalla. Su enemigo era el clero, no el monarca, por lo que pensaba que debería darse más poder a la monarquía para liberarla de su influencia clerical. En el espíritu filosófico del siglo XVIII hay un entusiasmo desmedido por todo lo que es nuevo y un repudio absoluto del pasado, con cólera contra las injusticias.

Voltaire pensaba que sin las pasiones no habría progreso humano: las pasiones son la fuerza motivadora del hombre, son los engranajes para poner las máquinas en marcha, elemento que se encuentra presente en su narrativa literaria-filosófica. En vez de la narración de batallas y hazañas de reyes y cortes, debe encontrarse en las historias la exposición de las virtudes y los vicios dominantes en las naciones, explicaciones de su potencia y debilidad, la historia de la fundación y el crecimiento de las artes y las industrias. Para el hombre que desea leer la historia “como ciudadano y filósofo”, serán principal objeto de estudio los cambios en las costumbres y las leyes. Todos estos elementos se encuentran presentes en el cuento “Zadig”.

“Zadig” es parte de una serie de relatos escritos por Voltaire en diferentes épocas de su vida, a los que dio un “corte oriental” buscando presentar de una manera enmascarada sus referencias a la realidad de Francia y de París en particular, presentando los acontecimientos como si se dieran en Babilonia y otros lugares del medio oriente. La sátira es un elemento presente en este extraordinario cuento donde deja verse el programa filosófico del iluminismo, mostrado por el camino de la fábula. Zadig es un personaje que representa la síntesis de los más altos valores y cualidades de la humanidad, es inteligente, apuesto, valeroso, au-

daz, justo, libertario, el cual, aun siendo del siglo XVIII, se presta bien para el lector existencialista. Él se enfrenta a “los otros”, que en diferentes contextos y circunstancias muestran diferentes facetas de la acción humana, algunas encomiables y otras oscuras, sórdidas y tortuosas. Voltaire, quien ha sido considerado como un hombre vanidoso y cínico, describe a su personaje —tal vez él se veía a sí mismo— como: “Opulento, y por tanto no faltándole amigos, disfrutando salud, siendo buen mozo, prudente y moderado, con pecho ingenuo, y elevado ánimo, creyó que podía aspirar a ser feliz.” El hilo conductor del relato es la lucha por alcanzar la felicidad, pero actuando de manera libre y consecuente, con una libertad acotada, donde la elección se da en el marco de la predestinación.

Acorde al espíritu del iluminismo se hace presente el valor de la educación en la transformación humana, tal como se deja ver en uno de los párrafos de inicio cuando señala que Zadig era un individuo “de buena índole, que con la educación se había mejorado. Sabía enfrenar sus pasiones, aunque mozo y rico; ni gastaba afectación, ni se empeñaba en que le dieran siempre la razón, y respetaba la flaqueza humana” [...] “Era sabio cuanto puede serlo el hombre, pues procuraba vivir en compañía de los sabios: había aprendido las ciencias de los caldeos, y estaba instruido en cuanto acerca de los principios físicos de la naturaleza que en su tiempo se conocía; y de metafísica sabía todo cuanto en todos tiempos se ha sabido, que es decir muy poca cosa. Creía firmísimamente que un año tiene trescientos sesenta y cinco días y un cuarto, contra lo que enseñaba la moderna filosofía de su tiempo, y que estaba el sol en el centro del mundo; y cuando los principales magos le decían en tono de improperio, y mirándole de reojo, que sustentaba principios sapientes *haeresim*, y que sólo un enemigo de Dios y del Estado podía decir que giraba el sol sobre su eje, y que era el año de doce meses, se callaba Zadig, sin fruncir las cejas ni encogerse de hombros.”

El cuento* está estructurado de manera sistemática en veintiún capítulos. El primero, “El tuerco”, de donde se recoge la descripción del personaje, se refiere a su compromiso matrimonial con la bella mujer Samira, el cual sería “el mejor ca-

samiento de Babilonia”. Samira le amaba con pasión. Sin embargo, esbirros de Orcan, sobrino del ministro, intentaron secuestrarla. Al defenderla y rescatarla, Zadig fue herido gravemente en un ojo. Un sabio médico pronosticó que lo perdería. Sin embargo, dos días después sanó y fue en busca de su amada, quien al tener una enorme aversión hacia los tuertos se casó con Orcan, la misma noche que supo lo que sería la suerte de “su amado”. Zadig enfermó por tal noticia, pero al recuperarse decidió casarse con Azora, “doncella muy cuerda” hija de un honrado vecino, en quien no encontró más defecto que “alguna insustancialidad, y no poca inclinación a creer que los mozos más lindos eran siempre los más cuerdos y virtuosos”.

Tanto en este primer capítulo, como en todo el cuento, resuena en nuestra mente una de las frases más interesantes de Voltaire. “Contra la tesis mantenida por Leibniz de que nos encontramos en el mejor de los mundos posibles, más bien pareciera que todo se rige por el principio de lo peor. En todo caso, si Dios creó el mundo con algún fin, debió ser para hacernos rabiar.”

En el segundo capítulo, “La nariz”, Voltaire por medio de Zadig reflexiona de nueva cuenta de una manera sarcástica acerca del problema de las relaciones interpersonales. Azora, su mujer, aparece indignada al saber que Cosrúa, una viuda joven, que había construido un mausoleo para su marido al lado de un riachuelo y jurado ante los dioses no apartarse de ese sitio hasta que no desviara su corriente, al momento de ir a saludarla, la encontró trabajando para desviar el caudal. Zadig, sorprendido por la violenta reacción de su mujer, confió su preocupación a manera de secreto a su amigo Cador, “afianzando, en cuanto le fue posible, su fidelidad con cuantiosas dadas” (nótese aquí la idea que al respecto de la naturaleza humana deja ver Voltaire) para poner una trampa a Azora, quien después de un viaje, recibirá la noticia de la muerte de Zadig, que estaba ya sepultado.

Escribe Voltaire: “Lloraba Azora, mesábase los cabellos, y juraba que no quería vivir. Aquella noche pidió Cador licencia para hablar con ella, y lloraron, ambos. El siguiente día lloraron menos, y comieron juntos. Fióle Cador que le había dejado su amigo la mayor parte de su caudal, y le dio a

* “Zadig ou la destinée. Histoire orientale”, en Voltaire, *Romans de Voltaire*, Le livre de poche classique, 1961, pp. 9-88.

entender que su mayor dicha sería poder partirle con ella. Lloró con esto la dama, enojóse, y se apaciguó luego; y como la cena fue más larga que la comida, hablaron ambos con más confianza”. A mitad de la cena Cadore tuvo un fuerte dolor en el bazo, que ella trató de curar. Como remedio, el amigo le informó que esa dolencia sólo podría sanar aplicándole en el costado la nariz de un hombre recientemente muerto, ante lo que ella decidió cortarle la nariz a su difunto marido. “[...] pero Zadig que estaba tendido en el sepulcro, agarrando con una mano sus narices, y desviando la navaja con la otra, se alzó de repente exclamando: Otra vez no digas tanto mal de Cosrúa, que la idea de cortarme las narices bien se las puede apostar a la de mudar la corriente de un arroyo”.

En el tercer capítulo, “El perro y el caballo”, Voltaire dice: “En breve experimentó Zadig que, como dice el libro de Zenda-Vesta, si el primer mes de matrimonio es la luna de miel, el segundo es la de acíbar. Vióse muy presto precisado a repudiar a Azora, que se había tornado inaguantable, y procuró ser feliz estudiando la naturaleza. No hay ser más venturoso, decía, que el filósofo que estudia el gran libro abierto por Dios a los ojos de los hombres. Las verdades que descubre son propiedad suya: sustenta y enaltece su ánimo, y vive con sosiego, sin temor de los demás, y sin que venga su tierna esposa a cortarle las narices.”

Cambiando de vida y retirándose a orillas del Éufrates, un día de paseo se topó con empleados de palacio que buscaban al caballo del rey y al perro de la reina. Zadig dio una descripción precisa de ambos animales, negando sin embargo haberlos visto, aunque los empleados creyeron que los había robado. Al momento de ser condenado, aparecieron caballo y perra, aunque le mantuvieron una multa por haber dicho que no vio lo que sí vio. La defensa de Zadig es magistral:

Observé en la arena las huellas de un animal, y fácilmente conocí que era un perro chico. Unos surcos largos y ligeros, impresos en montoncillos de arena entre las huellas de las patas, me dieron a conocer que era una perra, y que le colgaban las tetas, de donde colegí que había parido pocos días hacia. Otros vestigios en otra dirección, que se dejaban ver siempre al ras de la arena al lado de los pies delanteros, me demostraron que tenía las orejas largas; y como las pisadas del un pie eran menos hondas en la arena

que las de los otros tres, saqué por consecuencia que era, si soy osado a decirlo, algo coja la perra de nuestra augusta reina... En cuanto al caballo del rey de reyes, la verdad es que paseándome por las veredas de dicho bosque, noté las señales de las herraduras de un caballo, que estaban todas a igual distancia. Este caballo, dije, tiene el galope perfecto. En una senda angosta que no tiene más de dos varas y media de ancho, estaba a izquierda y a derecha barrido el polvo en algunos parajes. El caballo, conjeturé yo, tiene una cola de vara y cuarta, que con sus movimientos a derecha y a izquierda ha barrido este polvo. Debajo de los árboles que formaban una enramada de dos varas de alto, estaban recién caídas las hojas de las ramas, y conocí que las había dejado caer el caballo, que por tanto tenía dos varas. Su freno ha de ser de oro de veinte y tres quilates, porque habiendo estregado la cabeza del bocado contra una piedra que he visto que era de toque, hice la prueba. Por fin, las marcas que han dejado las herraduras en piedras de otra especie me han probado que eran de plata de once dineros”.

El rey perdonó a Zadig, y aunque se ordenó la devolución de la multa de 400 onzas de oro, sólo recibió 398, pues los escribientes pidieron su gratificación.

“Viendo Zadig que era cosa muy peligrosa el saber en demasía, hizo propósito firme de no decir en otra ocasión lo que hubiese visto, y la ocasión no tardó en presentarse.” Un reo prófugo pasó por su balcón. Aquí dijo que no lo vio, sin embargo fue multado, por lo que concluye: “¡Gran Dios, decía Zadig entre sí, qué desgraciado es quien se pasea en un bosque por donde haya pasado el caballo del rey, o la perrita de la reina! ¡Qué de peligros corre quien a su balcón se asoma! ¡Qué cosa tan difícil es ser dichoso en esta vida!”

Como se deja ver en este fragmento, Voltaire ironiza acerca del complejo problema de la búsqueda de la felicidad y al mismo tiempo critica a la burocracia y la injusticia del aparato judicial, donde —en pleno siglo XVIII— se muestra la presencia de la corrupción, siendo su lección que, a pesar de situarse en Babilonia: “La tierra es un vasto teatro donde la misma tragedia se representa bajo títulos distintos.”

En el capítulo cuarto, Voltaire aborda el problema de la envidia y el contraste con la generosidad, donde víctima de una intriga, Zadig es condenado a muerte y está a punto de ser ejecutado, hasta el momento en que el azar o más bien el

destino hacen que un loro recupere el escrito causa de su condena y lo lleve a las piernas del rey, que lo recompensó y llamó a la corte para hacerle consultas, lo que llevó a Zadig “a creer que no es cosa tan dificultosa vivir feliz, aunque ignoraba que la cercanía con la reina acarrearía graves peligros para él, el rey y la reina.

En el capítulo quinto el asunto de la generosidad vuelve a ser abordado, con el pretexto de una premiación al hombre más generoso de Babilonia. Contra la opinión de los jueces, el rey se inclinó por Zadig, a quien le dio la copa, a pesar de que externó la opinión de que el más generoso era el rey. Por ello: “granjeóse el rey la reputación de buen príncipe, que no conservó mucho tiempo... Decía Zadig: ¡con que en fin soy feliz! Pero Zadig se engañaba”. La sensación de fatalidad presente en esta sección es congruente con su posición filosófica de la predestinación y el papel del destino. Aquí no puede dejar de recordarse lo dicho por Margarite Yourcenar. “Yo no sé si el azar es la forma divina del destino.”

Los capítulos sexto y séptimo dan cuenta de la vida de Zadig a partir del momento en que se vuelve ministro, sometido a las intrigas de la corte. En contraste con el daño que el caballo y la perra de los reyes le habían hecho, el loro le hizo tan gran bien que fue a darle las gracias y le dijo: “¡En qué cosas estriba la suerte de los humanos! Pero puede ser que mi dicha se desvanezca dentro de pocos instantes. El loro le respondió: antes.” En su paso por el cargo, “hizo que a todo el mundo alcanzara el sagrado poder de las leyes, y que a ninguno abrumara el peso de su dignidad”, sosteniendo el principio de que “vale más liberar a un reo, que condenar a un inocente”. Y pensaba que “era destino de las leyes no socorrer a los ciudadanos en vez de amedrentarlos... era su principal habilidad desenmarañar la verdad que procuran todos oscurecer.” En varios pasajes, Voltaire ejemplifica su buen gobierno como ministro que llevó a que todo el mundo se declarara a su favor, no porque estaba en el camino de la verdad, ni porque era discreto, ni porque era amable, sino porque era primer visir.

En este fragmento se nota muy claramente la orientación del pensamiento político de Voltaire, quien rechazaba el relativismo ético y sostenía el determinismo en la libertad humana; y aunque era un defensor de la libertad política, la libertad de pensamiento y expresión, no era demócrata y le importaba la libertad para los *philosophes*, no promover el poder popular

Una intriga femenina urdida por la mujer del envidioso, desdeñada por Zadig, hará que su fortuna llegue a su fin. Asediado por las damas, mostró preferencia por una que lo contó a la mujer del envidioso, quien envió al rey una liga haciéndolo creer que era de la reina Astarté, que había estado con Zadig. En el capítulo octavo aborda el tema de los celos, relatando el proceso en el que él y la reina Astarté se enamoraron, aunque su pasión jamás se materializó. Cadore, su amigo, le comentó que las pasiones tienen señales infalibles y que Astarté “es mujer, y eso más deja que se expliquen sus ojos con imprudencia que no piensa ser culpada: satisfecha por desgracia con su inocencia, no se cura de las apariencias necesarias”. A diferencia del amor satisfecho que se sabe ocultar, pero antes de que tal cosa ocurriera, el rey creyó la intriga y decidió ejecutarlos. Zadig huye lamentándose de su situación: “¡Válgame Dios; y lo que es la vida humana! ¡Oh virtud, para qué me has valido! Indignamente me han engañado dos mujeres; y la tercera, que no es culpada, y que es más hermosa que las otras va a morir.”

Zadig huye a Egipto y es convertido en esclavo como consecuencia de haber matado a un hombre que golpeaba a su mujer, aunque su amo de nombre Setoc, comienza a ser su amigo (capítulos noveno, décimo y onceavo): “albergó en su alma la sabiduría de su esclavo, dejó de tributar homenaje a ciertas criaturas y adoró al Ser eterno que las ha formado”. Un interesante pasaje ocurre en el capítulo doce, titulado “La cena”, cuando es llevado por su amo a Basora donde comió con un egipcio, un indio, un habitante de Catay, un caldeo, un griego y un celta, suscitándose una violenta discusión acerca de sus adoraciones religiosas, llevando la discusión a que aceptaran la existencia de un principio primitivo, coincidiendo con el griego en que “admite un ser superior del cual depende la forma y la materia”.

Habiendo evitado que una joven viuda se autoinmolara en la hoguera (capítulo decimotercer), los sacerdotes le hicieron causa a Zadig en su ausencia, condenándolo a ser quemado vivo. Para salvarlo, la mujer, de nombre Almona, sedujo a cada uno de los sacerdotes que citó en su casa al mismo tiempo, encontrándose unos con otros y también con los jueces que al darse cuenta de semejante oprobio, dejaron a Zadig en libertad. Prosiguiendo con esa vida de contratiempos y azares, decide huir y en el camino, llegando a Siria, es apresado por las huestes del bandolero Arbogad (capítulo decimo-

cuarto), quien lo trata como huésped en su castillo, donde se entera de manera un tanto nebulosa de una revuelta en Babilonia, de la posible muerte de su rey y la posibilidad de que Astaré esté viva, tal vez como concubina de un invasor o como esclava.

En el siguiente capítulo Zedig, lamentando siempre su suerte, y mirándose como el epílogo de las desdichas humanas vio a un pescador que se consideraba el más desdichado de los hombres, intentando suicidarse. Al ver que hay otros hombres tan desdichados como él, lo increpó preguntando: ¿Por qué se rinde a su desgracia? Ese pescador era un proveedor de requesones del palacio de Astarté, el hombre había abierto la posibilidad de encontrar tal vez a la reina viva, y planea su regreso a Babilonia diciéndole al pescador que su mayor desgracia era la necesidad, y la suya pende del corazón.

En el camino encontró a un grupo de mujeres en busca de un basilisco para dárselo a su señor y dueño Ogul (capítulo dieciséis). Sorprendentemente una de ellas era su amada Astarte, que le narró la manera como su amigo Cador la había ayudado a escapar, de cómo el rey mandó a buscarla y sus vasallos atraparon a otra mujer, Misuf —la misma por cuya defensa Zedig había peleado—, quien siendo muy bella la convirtió en su esposa, como ella lo convirtió en un tirano, que finalmente perdió la razón. De cómo esa locura se interpretó como una señal del cielo que condujo a una rebelión donde ella se incorporó, pero fue raptada por los soldados del invasor príncipe de Hircania, quien la destinó a su serrallo. Astarté convenció a Misuf, que también estaba raptada en el serrallo, que ella se quedara con el príncipe, que se librara de una rival y la ayudara a escapar, para luego, camino a Arabia ser raptada por el bandolero Arbogad, quien la vendió a Ogul, el cual para sanar de su mala digestión, producto de la glotonería, fue engañado por su médico diciéndole que se curaría tomando una poción hecha con un basilisco hervido en agua de rosas, momento en el que se han reencontrado. Valiéndose de sus habilidades se hizo pasar por médico, engañó a Ogul diciéndole que llevaba la poción de basilisco pero a cambio pedía la libertad de la esclava. En tanto él lo puso a hacer ejercicios, lo que hizo mejorar su salud.

La codicia, la veleidad, la locura, la revuelta, la envidia, la mentira, la traición, la gula, la astucia, todas facetas de la naturaleza humana presentes en estos fragmentos del cuento de Voltaire.

Babilonia había vencido a sus invasores y al llegar Astarté se decidió que se casaría con quien hubiera sido elegido soberano y ése sería el que venciera en un combate (capítulo diecisiete). Zedig se presentó y venció; sin embargo, de nueva cuenta la adversidad se hace presente y durante la noche otro toma sus armaduras y es proclamado soberano, ante el desconcierto de Astarté. De tal forma, emitiendo murmuraciones en contra de la Providencia, tuvo la tentación de creer que todo lo regía un destino cruel que a los buenos oprimía. Se dijo: “así el saber, las buenas costumbres, el esfuerzo nunca más que para mi desdicha me han valido”.

En el capítulo dieciocho, encontrará a un ermitaño al cual siguió “sin saber si iba con el más loco o el más cuerdo de los hombres”. Pidiendo posada al momento de la cena, comentaron los acontecimientos de Babilonia, lo que produjo dolor a Zedig, concluyendo que: “las cosas de este mundo no van siempre de acuerdo con sabios; pero sostuvo el ermitaño que no conocíamos todas las vías de la Providencia, y que era un desacierto en los hombres fallar acerca de un todo, cuando no veían más que una pequeñísima parte. Tratóse de las pasiones. ¡Cuan fatales son!, dijo Zedig. Son, replicó el ermitaño, los vientos que hinchan las velas del navío; algunas veces le sumergen, pero sin ellas no es posible navegar. La bilis hace iracundo, y causa enfermedades; mas sin bilis no pudiera uno vivir. En la tierra todo es peligroso y todo necesario. Tratóse del deleite, y probó el ermitaño que era una dádiva de la divinidad; porque el hombre, dijo, por sí propio no puede tener sensaciones ni ideas: todo en él es prestado, y la pena y el deleite le vienen de otro, como su mismo ser”.

El ermitaño hizo cosas atroces, como quemar la casa en que los hospedaron o tirar a un niño al río. Al escuchar los reclamos de Zedig, le respondió que bajo los escombros de la casa había un tesoro y que el niño habría de asesinar a su tía en un año y a Zedig en dos. En realidad era el ángel Jesrad, que le dijo: “los hombres juzgan de todo sin conocer nada: entre todos los mortales tú eras el que merecía ser más ilustrado”.

En este pasaje Voltaire deja presente su idea de la predestinación. Zedig inquiere al ermitaño: ¿No hubiera sido mejor haber corregido a ese niño, y haberlo hecho virtuoso que ahogarlo? Jesrad responde:

si el hubiera sido virtuoso su destino era ser asesinado con la mujer que él debía desposar y con el hijo

que debía nacer. ¿Con que es indispensable, dijo Zedig, que haya atrocidades y desventuras, y que éstas recaigan en los hombres virtuosos? Los malos, replicó Jesrad, siempre son desdichados, y sirven para probar un corto número de justos sembrado sobre la haz de la tierra, sin que haya mal de donde no resulte un bien. Empero, dijo Zedig, ¿si sólo hubiese bienes sin mezcla de males? La tierra entonces, replicó Jesrad, fuera otra tierra; la cadena de los sucesos otro orden de sabiduría; y este orden, que sería perfecto, sólo en la mansión del Ser Supremo, donde no puede haber mal ninguno, puede existir. Millones de mundos ha criado, y no hay dos que puedan parecerse uno a otro: que esta variedad inmensa es un atributo de su inmenso poder. No hay en la tierra dos hojas de árbol, ni en los infinitos campos del cielo dos globos enteramente parecidos; y cuanto ves en el pequeñísimo átomo donde has nacido forzosamente, había de existir en su tiempo y lugar determinado, conforme a las inmutables órdenes de aquel que todo lo abraza. Piensan los hombres que este niño que acaba de morir se ha caído por casualidad en el río, y que aquella casa se quemó por casualidad; mas no hay casualidad, que todo es prueba o castigo, remuneración o providencia. Acuérdate de aquel pescador que se tenía por el más desventurado de los mortales, y Orosmales te envió para mudar su suerte. Deja, flaco mortal, de disputar contra lo que debes adorar.

Éste es uno de los mejores fragmentos del texto que da cuenta de la línea de pensamiento sostenida por Voltaire, donde no puede dejar de pensarse en la similitud de su idea del destino con la de San Agustín de Hipona, donde si bien Dios no participa directamente en el orden del mundo que el creó de tal forma, estando lo inexorable predestinado, tal como el mundo fue creado en la forma de las razones seminales que van desarrollándose temporalmente en distintos momentos, tal como fue planeado en el origen. Resulta interesante cómo en vez de la participación directa de Dios, es el ángel el que se hace presente para llevar las cosas por el camino determinado.

Como parte final de la justa por desposar a la reina Astarté, los aspirantes deberían explicar los enigmas y responder a las preguntas del gran mago (capítulo diecinueve).

Zedig llegó, ante la sorpresa de la multitud, y aclaró que él había peleado pero le habían usurpado sus armas. Finalmente fue aceptado y el mago propuso la primera pregunta: ¿Cuál es la más larga y más corta de todas las cosas del mundo, la más breve y más lenta, la más divisible y más extensa, la que más se desperdicia y más se llora haber perdido, sin la que nada se puede hacer, que se traga todo lo mezquino, y da vida a todo lo grande? Tocaba a Itobad responder, y dijo que él no entendía de adivinanzas, y que le bastaba haber sido vencedor lanza en ristre. Unos dijeron que era la fortuna, otros que la tierra, y otros que la luz. Zedig dijo que era el tiempo. No hay cosa más larga, añadió, pues mide la eternidad; ni más corta, pues falta para todos nuestros planes; ni más lenta para el que espera, ni más veloz para el que disfruta; se extiende a lo infinitamente grande, y se divide hasta lo infinitamente pequeño; ninguno hace aprecio de él, y todos lloran su pérdida; sin él nada se hace; sepulta en el olvido cuanto es indigno de la posteridad, y hace inmortales las grandes acciones. La asamblea confesó que tenía razón Zedig. Preguntaron luego: ¿Qué es lo que recibimos sin agradecerlo, disfrutamos sin saber cómo, damos a otros sin saber dónde estamos, y perdemos sin echarlo de ver? Cada uno dijo su cosa; sólo Zedig adivinó que era la vida, y con la misma facilidad acertó los demás enigmas... Propusieron luego cuestiones acerca de la justicia, del sumo bien, del arte de reinar; y las respuestas de Zedig se reputaron por las más sólidas.

Luego de ello, Zedig sin armadura retó a combate al impostor, al cual derrotó con facilidad haciéndose rey y gobernando con justicia: “todos bendecían a Zedig y Zedig bendecía al cielo”.²

En este cuento Voltaire trata diversos temas con una enorme ironía utilizando a Babilonia, Egipto, Siria, Arabia y otros lugares de esa región para hacer alusiones veladas a París y en general a Francia o cualquier otro lugar de Occidente, pues los aspectos que trata son universales y conducen a la reflexión acerca de la condición humana, desde una antropología filosófica donde la idea de la predestinación, del destino inexorable, es el eje fundamental. Se trata, en resumen, de un texto actual, con profundidad filosófica, presentado como literatura. ■

² Así finaliza el cuento en la versión publicada en vida de Voltaire, aunque existen dos capítulos, el veinte y veintiuno “La danza” y “Los ojos azules”, que debían colocarse después del capítulo trece correspondiente a “Almona”.